



LA MEDIDA DEL TIEMPO

VUELVO á tomar la pluma para anudar el hilo roto de estas series de renglones que hemos convenido en llamar artículos.

Esta amiga íntima de mis pensamientos ha permanecido sepultada en los negros abismos del tintero, esperándome con esa paciencia con que las cosas esperan á los hombres en el camino de la vida.

Como la herramienta colgada en el taller del artesano enfermo, mi pluma ha permanecido clavada en el tintero, aguardando el día de trabajo.

Al cabo de dos meses nos encontramos como dos amigos que hace mucho tiempo que no se han visto.

Sale á recibirme del fondo del tintero húmeda, como si ella también llorara ; negra, como si ella también estuviera de luto.

La medida del tiempo no son las horas ni los días, ni las semanas, ni los meses, ni los años, ni los siglos.

Un reloj y un almanaque no determinan bien la lentitud ó la rapidez del tiempo.

Ellos marcan períodos que parecen iguales, pero que representan para cada uno cantidades distintas.

Un año de alegría es un soplo; un día de pena es un siglo.

Dos meses pueden no ser más que un instante, y pueden ser también una eternidad.

Llegad á la puerta solitaria de esas casas mudas en las que se alberga la miseria.

En Madrid es preciso buscarlas con atenta mirada, pues se ocultan como las canas debajo del tinte, como las arrugas debajo del cosmético.

Aquí es preciso teñirse las penas y pintarse la alegría.

En la tierna poesía de estos tiempos, es cosa averiguada que una sola perla vale más que un torrente de lágrimas.

¡Si fuera posible averiguar la inmensa cantidad de lágrimas que cuesta un solo diamante!

Mas para la prosperidad de la industria y del comercio de las piedras preciosas, conviene que esto sea una incógnita eterna.

Llegad, digo, á la puerta solitaria de una de esas casas mudas en que se esconde la miseria.

Hay muchas, aunque á primera vista no se vean.

La luz del lujo es una luz muy particular; no ilumina más que lo que brilla, y Madrid lleva su lujo y su grandeza como una linterna, detrás de la que se oculta.

Semejante á las luciérnagas, deja ver el brillo y esconde el gusano; alumbra para que no se le vea.

Antes de empujar la puerta de esa casa, fijémosnos en dos puntos importantes.

Veamos primero qué hora es, según el reloj más acreditado.

La única virtud del reloj más honrado es no mentir.

Bajo la palabra de uno de estos seres que pasan su vida latiendo como los corazones humanos, podemos asegurar que son las nueve de la noche.

Si esto lo hubiera dicho un hombre, podría dudarse; si lo hubiera dicho una mujer, debería no creerse; pero lo ha dicho un reloj, y es preciso que sea verdad.

Nosotros somos verdaderamente felices.

Nuestra vida no tiene más inquietudes que esas impaciencias con que el hastío de un placer nos empuja á otro placer.

No se crea, sin embargo, que alguna vez no se llenan de lágrimas nuestros ojos.

Nosotros también lloramos.

Por ejemplo, cuando una chispa del jabón perfumado con que suavizamos la piel delicada de nuestras manos tiene la indiscreción de saltarnos á los ojos.

Lloramos también si nos hiere el rostro el viento helado de una mañana de Diciembre.

Hay también una especie de constipados que nos hacen llorar abundantes lágrimas.

Si los pañuelos del bolsillo tuvieran la facultad de hablar, ellos solos podrían contar nuestras lágrimas.

Al tropezar con las nueve de la noche, no podemos menos de observar que el día ha pasado como un soplo. Este es el segundo punto.

Dos horas de tocador, el almuerzo, algunas visitas de confianza, estrenar un coche, las amigas, el paseo, comer....; todo esto pasa como un rayo, y ojalá no fuera más que esto.

¡Las nueve! El tiempo huye como un pájaro que se escapa de entre las manos.

No hay día para nada.

Ahora ya podemos entrar.

La puerta gime al abrirse, y gira lentamente, como si estuvieran agotadas sus fuerzas.

Un pasillo estrecho conduce á una habitación oscura.

El cuadro está reducido á muy pocos muebles y á mucha familia.

Un enfermo, una anciana, una joven, un niño.... allí hay de todo, menos pan.

Hace veinte y cuatro horas que desapareció el último.

Veinte y cuatro horas, según el reloj; un instante, según nosotros; un siglo para aquella familia, que ha contado los minutos con la ansiedad de la miseria.

El tiempo no es igual; el reloj es una superchería que no puede engañarnos.

Preguntadle á una madre que espera á su hijo ausente, si hace mucho tiempo que no lo ha visto.

Podrá hacer un día, un mes ó un año; pero ella siempre os contestará: un siglo.

Si habéis tenido la fortuna alguna vez de ser queridos por una mujer tierna y delicada, habréis observado qué rápido es el tiempo que pasa en las dulces confidencias del cariño.

Después de muchas horas de esta tierna é inexplicable intimidad, coged el sombrero ó preguntad al reloj si es hora ya de separarse.

Todos habréis oído siempre la misma exclamación:

¡Tan pronto!....

Hay una ocasión en que el tiempo, por un misterio incomprensible de nuestro corazón, es á la vez un soplo y un siglo.

Ya lo sé. Lo he aprendido, y no lo olvidaré nunca.

Pero sea una madre la que os diga cómo se realiza esa verdad imposible.

Sobre sus rodillas incansables sostiene dos niños que se disputan el calor de su seno, sus besos y sus sonrisas.

Son sus hijos.

Si ellos lloran, se aflige; si ríen, se alegra; si juegan, juega con ellos; si duermen, vela.

Parece que al darles la vida se ha quedado sin ninguna; vive porque ellos viven.

Un día recuerda el cielo que los ángeles no son

para la tierra, y aquellos ojos tan puros se cierran para siempre, y aquellas bocas tan dulces y tan tiernas no vuelven á sonreír.

Dejad que pase mucho tiempo, y preguntadle á esa madre por sus hijos, y ella os dirá que era ayer cuando los tenía sobre sus rodillas, que todavía los oye, que aún siente en su seno el calor de sus mejillas.

No dejéis que pasen más que tres días, menos aún, unas cuantas horas; ella os dirá que hace un siglo que no los ha visto.

¿Cuánto tiempo me ha estado esperando la caprichosa pluma con que escribo? No lo sé.

El almanaque me dice que dos meses.

Mi corazón me dice que un siglo.

Mis recuerdos me dicen todos los días que fué ayer.



LA VIDA PRIVADA Y LA VIDA PÚBLICA

—
No hay un cuarto.

Esa frase, de cuya exactitud pueden responder por lo menos dos terceras partes de los habitantes de Madrid, encierra dos significaciones diversas, y que son á la vez igualmente ciertas.

En virtud de esta doble escasez, se verifican dos movimientos ascendentes, que son inmediatamente seguidos de otro.

He aquí el orden de estos tres movimientos, que nos elevan orgullosamente á la altura digna de los tiempos en que vivimos.

Todos los caseros suben sus casas.

Todos los usureros han puesto su dinero en las nubes.

El resto de los hombres pone el grito en el cielo.

El hecho es el siguiente:

Madrid no cabe en Madrid.

Esta es una cuestión de capacidad que los caseros únicamente podían resolver, porque los caseros son capaces de todo.

La casa es un género de propiedad que tiene circunstancias muy particulares.

Á primera vista no parece más que una finca urbana.

Observándola más despacio, nos encontramos con que es un capital más ó menos respetable empleado en piedra, en madera, en yeso y en ladrillos, que rinde todos los años otro capital.

Ó de una manera más clara : una casa es una especie de gaveta donde el casero esconde una cantidad de dinero que mensualmente va extrayendo del bolsillo de los inquilinos.

Á esta extracción continua se la llama alquiler.

Alquiler no es una palabra, por más que se halle comprendida en el Diccionario de la lengua.

Alquiler es una cantidad cuya definición no es posible encontrar en ningún tratado de aritmética.

Es una cantidad absurda, pero real y positiva, que el casero recibe todos los meses en oro, en plata ó en papel.

Al llegar aquí no puedo menos de reirme de los matemáticos.

Ellos dicen, con el aplomo de la vanidad satisfecha, que cantidad es todo aquello que es susceptible de aumento y disminución.

Lo que no pueda aumentarse y disminuirse no es cantidad.

Hasta ahora han tenido razón.

El alquiler, tal como se presenta á la consideración de los inquilinos de Madrid, no había aparecido aún.

Rectifiquemos á esa ciencia vanidosa que todo lo quiere saber con precisa exactitud.

Desde hoy debemos decir : cantidad es todo aquello que puede aumentarse ó disminuirse, exceptuando el alquiler, que va en prodigioso aumento, sin que haya esperanza de que pueda disminuirse alguna vez.

El que tiene una casa en Madrid, tiene una renta que puede hacerla crecer según su capricho ó según su avaricia.

La codicia, ese saco roto que no ha podido llenarse nunca, es el único límite que hoy encuentra el aumento constante de los alquileres de las casas.

La Providencia nos ha dado esta vida que llevamos siempre con nosotros, para la que sólo necesitamos respirar y comer.

Pero al imponernos la penosa obligación de esa vida, encargó muy formalmente á la naturaleza que nos rodeara de aire y que cubriera de frutos á los árboles y de semillas á la tierra.

La sociedad ha querido también echarla de Providencia, y nos ha impuesto esa otra vida estrecha y oscura que se llama vida privada, y para la que sólo necesitamos las cuatro paredes que forman el hogar doméstico.

Pero al imponernos esa obligación no encontró á la mano una naturaleza rica y espléndida,

y confió á los caseros el cuidado de levantar á nuestro alrededor las cuatro paredes de nuestras casas.

Procediendo así, la Providencia y la sociedad han colocado al hombre en la contingencia de dos alternativas, que vienen á ser una misma, por más que se juzguen de distinta manera.

Véase una.

Aquí un casero que tiene, por ejemplo, la costumbre de retirarse tarde.

Madrid, aunque brilla mucho, no es un pueblo bien iluminado; y á ciertas horas de la noche, la mitad de las luces se apagan con la excusa de que se les quita el gas.

Es cosa averiguada que toda luz que se apaga produce en el acto oscuridad.

El casero se adelanta hacia una esquina que sale sobre la acera con el mayor silencio, como si quisiera espiar lo que pasa en la calle.

En Madrid hay una numerosa policía; pero en mi opinión es mucho mayor el número de los que no quisieran verla.

Detrás de la esquina hay un hombre embozado dos veces; una en su capa, que sabe Dios de quién sería antes, y otra en la sombra, que no es fácil robársela á la noche.

El casero llega al punto en que la esquina se dobla como un adulator, y se encuentra repentinamente con una mano que le oprime la garganta y con dos bocas; la de una pistola que le muerde el pecho sin pronunciar una palabra, y la de un

hombre que le propone por lo bajo la pronta solución del siguiente problema:

«La bolsa ó la vida.»

Si esto no ocurriera en medio de una profunda oscuridad, me atrevería á decir que todo ello pasa como un relámpago.

Tres minutos después entra el casero en su casa, oprimido por el enorme peso del dinero que ha tenido que dejarse en la esquina.

Al otro día este suceso es público, la opinión se alarma, y los tribunales averiguan.

Entre tanto el casero se entrega á sus honradas y ordinarias ocupaciones.

Aquí empieza la otra.

Según unos estados que tiene á la vista, hay en Madrid una gran desproporción entre el contenido y el continente; es decir, que Madrid no cabe en Madrid.

Ó de otra manera más precisa: que sobra gente y faltan casas.

Ó de otro modo más práctico: que se puede dar otra vuelta más al tornillo con que se hace salir el dinero de los inquilinos.

Averiguado esto, no hay más que coger el sombrero, abrocharse la levita para que el corazón no pueda salir por ninguna parte, ponerse la cara de casero, y tomar la escalera.

Poco después se tira de un cordón, suena una campanilla, se abre una puerta, y el casero, seme-

jante á una bomba, cae en medio de una familia, que se ve asaltada repentinamente con esta impetuosa alternativa :

«Más alquiler, ó á la calle:» ó, lo que es igual, «la bolsa, ó la vida.»

Aquí la pistola no tiene cañon, ni llave, ni caja, ni pólvora, ni bala; pero es tan mortal como si tuviera todo eso.

Si el casero asaltado en la esquina la noche anterior hubiera tenido otra vida donde alojarse, de seguro no hubiera entregado su bolsa; pero la sacrificó al temor de encontrarse repentinamente arrojado á la calle de la eternidad.

La familia discurre del mismo modo, y prefiere sudar mensualmente un doble alquiler, á encontrarse de repente en medio de la calle.

Como el casero quiso conservar la vida que le dió la Providencia, el inquilino quiere conservar su vida privada.

Establezcamos, sin embargo, la diferencia que existe entre el ratero que nos acomete al volver la esquina y el casero que nos asalta al abrir la puerta.

El primero lo hace en la calle y en medio de la noche; el segundo en nuestra propia casa y en medio del día.

El uno se arroja sobre nosotros con un puñal ó con una pistola en la mano; el otro nos estrecha poniéndonos una ley al pecho.

El hecho viene á ser el mismo; la única diferencia está en el arma.

De esta manera el alquiler va subiendo como

una inundación, como deberían subir las aguas del diluvio.

Ó se hace un arca como la de Noé, ó nos ahogamos.

Para vivir en Madrid bajo un techo y entre cuatro paredes, es preciso resignarse á no tener más dinero que aquel que nuestro casero quiera dejarnos.

Ha dicho un escritor francés, que *negocio* era el dinero de los demás.

Yo creo que en Madrid tener una casa es tener en la mano el dinero de los que viven en ella.

La vida pública se va poco á poco comiendo á la vida privada, y los caseros suben las casas á la vez que el ayuntamiento las estrecha.

Para convencerse de la exactitud de esta observación, no hay más que fijar la vista sobre el plano de Madrid.

En él se ve el movimiento verificado por las calles que se ensanchan y las casas que se estrechan.

Hay en esto algo de monstruoso.

Saturno, en medio de los extravíos insaciables de su brutal apetito, no pasó de comerse á sus hijos.

Las calles, que se pueden considerar como hijas naturales de las casas, porque es evidente que sin casas no habría calles, llevan más allá las necesidades de su estómago: se comen á sus madres.

Pero esta monstruosidad está dentro de la naturaleza.

¿De qué se habían de alimentar las calles más

propia y naturalmente que de aquellas casas que se han unido para darles el ser?

Por un sentimiento de maternidad que nadie se atreverá á ofender, las casas se van dejando devorar por las calles.

Si en esto no se quiere reconocer la acción de una ley natural, será preciso convenir en que es la acción de una ley de policía urbana.

El ayuntamiento, cediendo á las sugerencias de una profunda filosofía, se ha convencido de que el ciudadano no es más que un transeunte.

Ha oído decir que el hombre no hace más que pasar rápidamente por la tierra, y ha formulado su pensamiento en esta palabra : *paso*.

Palabra que, aplicada á Madrid, quiere decir calles.

Tan embebido se encuentra en la profundidad de este pensamiento, que, en mi opinión, su bello ideal debe ser una población en la que las casas dejen en completa libertad á las calles.

Una población, por ejemplo, en la que las casas estuvieran fuera de la ciudad, para que no pudieran poner impedimento ninguno al desarrollo, ensanche y perfección de las calles.

La solución del problema depende de una sola averiguación.

Consiste en saber cómo pueden hacer las calles prescindiendo completamente de las casas.

En virtud de este pensamiento, Madrid se está engrandeciendo de una manera muy singular.

Las calles se ensanchan y las casas se estrechan.

El ciudadano indudablemente va ganando terreno en la calle, y es muy justo que lo pierda en la casa.

Si como transeunte goza el privilegio de tener á su disposición calles espaciosas, justo será que como vecino se resigne á vivir pegado á la pared.

Para el ayuntamiento la cuestión es muy sencilla, y está reducida á una pregunta y á una respuesta.

En Madrid hay un público que se compone de trescientos mil habitantes.

¿Cómo se da espacio á esa masa para que pueda circular libremente por Madrid?

Esta es la pregunta : la respuesta nos sale ella misma al paso en esta forma :

Ensanchando las calles.

Luego queda una serie de cuestiones particulares, que, saliendo del dominio público, entran en el sagrado recinto de la vida privada.

Cada familia resolverá la suya como pueda, metiéndose donde quepa.

La obligación del ayuntamiento es dar calles; las casas deben buscárselas los que las necesiten para su uso particular.

Mientras el público circula libremente por las calles, los vecinos se ahogan en las casas.

De aquí resulta una propensión irresistible, que todos sentimos, á formar parte de esa masa que á todas horas se derrama por las calles, por las plazas y por los paseos, y que se llama gente.

Para vivir en Londres es preciso ser lord; para vivir en Madrid es preciso ser público.

La vida privada se va reduciendo en la misma proporción que la vida pública se va ensanchando.

Así se ve que los hombres públicos son los que viven con más desahogo.

El hogar doméstico se va estrechando cada vez más, al mismo tiempo que la plaza pública va ganando espacio.

Por eso no debe extrañarse que quepan muy cómodamente en todos los sitios públicos hombres y mujeres que no caben dentro de sus familias.

Por eso las virtudes domésticas van cediendo su puesto á las virtudes públicas.

De aquí resulta la explicación de un fenómeno, de que no es fácil darse cuenta á primera vista, y que se presenta á mis ojos bajo una forma aritmética.

Yo digo : ¿Cuántos hombres reúnen bastantes virtudes y bastante talento para hacer la felicidad de una mujer y de una familia?

—Pocos.

Esta respuesta no la doy yo. La dan todos los padres, todas las madres que tengan una hija honrada, y que experimenten en el fondo del alma el vivo sentimiento de su verdadera felicidad.

Yo vuelvo á decir : ¿Cuántos hombres reúnen bastantes virtudes y bastante inteligencia para hacer la felicidad de la patria?

—Todos.

Tampoco es mía esta respuesta. La dan esa multitud creciente de hombres que se disputan sin cesar la dirección del Estado.

¿Será más fácil ser padre de la patria, que padre de familia?

¿No habrá algún elector escondido en las oscuridades del cuerpo electoral, que, alguna vez á lo menos, no haya dado su voto á quien de seguro le hubiera negado la mano de su hija y tal vez la administración de sus bienes?

La vida pública es más cómoda, tiene menos exigencias que la vida privada.

Para alcanzar esos homenajes que todos los días se tributan en los periódicos, en los discursos, en los teatros, en los paseos y en las calles, se necesita mucho menos que para conseguir el tierno cariño y el honroso respeto de una familia.

Los aplausos de la multitud se arrancan con una frase estudiada, con una lisonja hábil á las pasiones ó á los vicios del auditorio.

La admiración de las gentes la alcanza fácilmente cualquiera mujer que no sea fea y que arrastre por las espaciosas calles de Madrid la anchurosa falda de un soberbio vestido.

Un poco de audacia y un poco de talento.

He aquí todo lo que necesita un hombre público.

Una poca belleza y mucho lujo.

He ahí todo lo que necesita una mujer pública.

La vida privada exige mucho más.

Tiene la impertinencia de pedir un poco por lo menos de todas las virtudes.

Exige unas costumbres puras y una conciencia tranquila.

Esto es pedir demasiado.

Y en cambio, ¿qué da?

Nada.

El respeto de los hijos, el cariño de la esposa y el aprecio de unos cuantos amigos.

La vida pública es mucho más liberal; da gloria, aunque sea una gloria semejante á la luz del relámpago; da títulos y honores; da grandeza y fortuna.

En vista de esto, ¿qué español no experimenta á cada momento en el fondo de su ambición el secreto impulso de echarse á la calle?

¿Qué mujer, convencida por el espejo del atractivo de su belleza, y deslumbrada por el brillo de sus propios adornos, no siente á cada instante el deseo de entregarse á la admiración pública?

Convengamos en que cuando la policía urbana ha empezado á estrechar en Madrid los ya estrechos límites del hogar doméstico para dar ensanche á las calles, la vida privada había empezado ya á reducirse, estrechada por la vida pública.

El plano de Madrid, en el cual se ve á las casas ir cediendo el paso á las calles, puede inspirar muy serias reflexiones.

¡Las calles! ¿Será este el terreno que se prepara para que den su última razón todas las opiniones?

¡Las casas! Mirándolas bien es como se comprende que la arquitectura tiene también sus paradojas.

Las dos terceras partes de las casas de Madrid no son más que sofismas, por medio de los que se engaña á los que pasan por la calle.

Las calles espaciosas son una verdadera necesidad.

Hagamos justicia á la previsión de este ilustre ayuntamiento.

En un pueblo donde pasan cosas tan grandes, donde todo pasa, se necesitan calles muy anchas para que todo pueda pasar.

